



CENTRO DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

CONDEDUQUE

ARTES ESCÉNICAS

THOMAS OSTERMEIER/
ÉDOUARD LOUIS
«QUIÉN MATÓ A MI PADRE»

DEL 19 AL 21 DE ENERO – 20:00H

ARTES ESCÉNICAS

THOMAS OSTERMEIER/ ÉDOUARD LOUIS «QUIÉN MATÓ A MI PADRE»

DEL 19 AL 21 DE ENERO – 20:00H

FICHA ARTÍSTICA

PAÍS
Alemania/Francia

DURACIÓN
90 minutos

EDAD RECOMENDADA
A partir de 14 años

ESPACIO
Teatro

EQUIPO ARTÍSTICO

TEXTO
Édouard Louis

DIRECTOR
Thomas Ostermeier

ASISTENTES DE DIRECCIÓN
Elisa Leroy & Christèle Ortu

DISEÑADOR DE VÍDEO
Sébastien Dupouey & Marie Sanchez

MÚSICA
Sylvain Jacques

DRAMATURGIA
Florian Borchmeyer & Élisabeth Leroy

ILUMINACIÓN
Erich Schneider

VESTUARIO
Caroline Tavernier

ESCENOGRAFÍA
Nina Wetzel

TRADUCCIÓN
Albert Tola

COPRODUCIDO POR
Schaubühne-Berlin and Théâtre de la Ville-Paris

ESTRENO EN
Théâtre de la Ville – Abbesses
el 9 de septiembre de 2020 2018 – Éditions du Seuil

COLABORA



GOETHE
INSTITUT



AMIGOS
GOETHE-INSTITUT
ESPAÑA

¿Se imaginan a Emmanuel Macron, presidente francés, en mangas de camisa, aplaudiendo y jaleando a los trabajadores de una fábrica igual que lo hacía en la final del Mundial de Qatar animando a los hijos de las diásporas africanas que conformaban el grueso de la selección gala de fútbol? No, ¿verdad? Esa es la diferencia entre los cuerpos que importan y los que no, que diría Judith Butler. Esa es la hipocresía de los políticos a los que Édouard Louis acusa directamente, con nombre, apellidos y foto, como últimos y máximos responsables de que gente como su padre sea víctima y opresor a un tiempo, ambas cosas contrarias, seguramente, a su voluntad.

El padre del autor de esta pieza, clase obrera, impide a su hijo ser quien es igual que la política y la economía le impidieron a él ser quien era realmente. Lo primero es enfadarse con tu padre, claro, pero luego, cuando comprendes, sabes que el blanco de tu rabia está en otro sitio, aunque ya nada ni nadie te devuelve al padre que pudiste haber tenido y no tuviste. El hartazgo, la impotencia, la revolución tienen que salir del núcleo familiar, donde el neoliberalismo quiere encerrar todas las indignaciones, como si no fueran con él. Mentira. Édouard Louis le recuerda a su padre que no tuvo lo que se dice una infancia feliz, en gran parte gracias a él, pero también nos advierte a todos y todas de que los cantos de sirena de esta vida trenzada por los dineros que tenemos o no tenemos, dejan muchas víctimas por el camino.

La escritura de Louis ha sido, desde sus tiernos 21 años, edad a la que se dio a conocer irrumpiendo como un ciclón en el territorio literario francés, sumamente reveladora, en el sentido literal. Es palabra contra la invisibilidad. Es luz sobre vidas veladas. Y le basta con contarse a sí mismo, con cruda honestidad, para retratar miles de vidas. Sus libros, con su historia familiar y su cuerpo como materias primas, son objetos políticos arrojados. El poder que ha conquistado a través de la palabra y la posibilidad de que le escuchen en primera persona, lejos de ser una pulsión narcisista, encierra un propósito legítimo del que ha emergido de la clase silenciosa, de conquistar para otros marginados un espacio público donde se oiga su desesperación.

Pero antes fue el teatro. Antes de publicar *Para acabar con Eddy Bellegueule, Historia de la violencia, Quién mató a mi padre y Lucha y metamorfosis de una mujer*, sus cuatro novelas; antes de la sociología, antes de leer y glosar a Pierre Bourdieu, a su maestro Didier Eribon, a Foucault, fue el teatro. Édouard Louis fue un niño gay afeminado de clase obrera salvado por el teatro en un entorno industrial marginalizado del norte de Francia. A los 12 años se unió al grupo de teatro de su colegio. Así lo cuenta en una entrevista en el diario inglés *The Guardian*: “En la escuela, buscaba un lugar donde me quisieran, donde la gente me mirara y me apreciara. Fui a ese grupo de teatro y, por primera vez, la gente me tuvo en cuenta. No era solo un maricón, no era solo algo a destruir, podía ser algo más. Como chico de clase obrera, no sabía nada del teatro, pero era un lugar donde podía sentir que me querían”.

El idilio con el teatro sigue, atravesado ahora mismo por tres de los grandes nombres de la escena europea. Al margen de esta obra que vamos a ver aquí en Conde Duque, el director belga Ivo van Hove estrenó su propio montaje con este mismo texto, *Quién mató a mi padre*, y ha montado también *Lucha y metamorfosis de una mujer*. Y el propio Édouard Louis ha protagonizado otra pieza coescrita con el director del Teatro Nacional de Gante (NTGent) Milo Rau, que se llama *La interrogación*, donde formula preguntas llenas de sarcasmo, dardos críticos sobre lo que significa actuar en el teatro y actuar en la vida, en la que desliza anécdotas muy cargadas de significación como la de aquel director que le propuso hacer sus textos en una fábrica en desuso. “Hablar de la burguesía es hacer arte. Hablar de los pobres es documental”, sentenciaba Louis.

Ivo van Hove, Milo Rau y, finalmente, Thomas Ostermeier. Esta es la segunda pieza que el escritor francés hace junto al director alemán después de la adaptación de *Historia de la violencia*. El propio autor se encarga de ejecutarla en el escenario, saltando literalmente del rincón del escritor al ágora teatral, subrayando el grito vengativo que se destila del texto, compensando una cierta carencia técnica interpretativa con el peso de la verdad. “La verdad es una venganza porque vivimos en un mundo de mentiras -sostiene Louis-, mentiras sobre los pobres, sobre los homosexuales, sobre lo que somos, lo que vivimos. Siempre la verdad es una lucha”. Una lucha también de significados y una grieta en la inviolabilidad de ese santuario de la ficción que es el escenario. El propio espectáculo es una pregunta por el sentido del teatro igual que es una pregunta por el sentido de la vida en un mundo donde realidad y ficción están más confundidas que nunca.

Dirección y dramaturgia se complementan con una sencillez excepcional en una pieza donde la escritura hecha de imágenes embaraza de sentidos nuestra mente receptora. Cuando no se tiene nada, se tiene la palabra. Cuando no se tiene padre, cuando el trabajo que maltrata, la discriminación que oprime, la política que embrutece te lo roban, la vida trata de levantarse sobre una pesada sensación de ausencia. “Tu vida -le dice Louis a su padre- demuestra que no somos lo que hacemos, más bien al contrario: somos lo que no hemos hecho porque el mundo, o la sociedad, nos lo ha impedido. Porque eso que Didier Eribon llama veredictos se ha abatido sobre nosotros, gays, trans, mujeres, negros, pobres, y ha hecho que algunas vidas, algunas experiencias, algunos sueños, nos resulten inaccesibles”.

Álvaro Vicente